

EDITORIAL

La enfermedad y el enfermo

Nuestra razón de ser como médicos son los enfermos. Pero a veces los tenemos allá, lejos de nosotros, como si estuviéramos viendo una película donde las cosas les suceden a los demás. Vemos desfilar a nuestros enfermos con dolencias de todas clases, todas ajenas a nosotros: las artritis, los cánceres, los diabéticos con sus secuelas y, sobre todo, vemos desfilar ante nosotros el dolor, ese dolor que tortura a nuestros enfermos y que a duras penas lo percibimos. ¡Le está sucediendo a los demás!

Pero es que es imposible y además impropio, llegar a sentir la enfermedad y el dolor tal como lo perciben nuestros enfermos. Nos podemos condoler y sufrir con ellos, pero nunca de la misma manera como lo padece el protagonista. El espectador seguirá siempre siendo el espectador, el que ve desde lejos y apenas logra percibir una mínima parte de ese sufrimiento.

Cuando los médicos nos enfermamos, muy a nuestro pesar, cae sobre nosotros todo el peso de nuestra fragilidad.

Siempre he definido la angustia a mi manera. «Miedo a nada dicen los existencialistas» y agregan, «el vacío es la esencia de una vasija, así para el hombre, el vacío es su esencia». Percibo un poco de poesía en tales afirmaciones. Para mí -sin poesía alguna-la angustia es la desproporción abismal que hay entre el continente y el contenido. Las más de las veces nuestro contenido quiere, pero su continente no se lo permite. Nuestra corporalidad, el continente, es demasiado frágil y puede ser destruido con facilidad por la enfermedad, llámese cáncer, artritis, diabetes, enfermedad pulmonar obstructiva crónica o la decrepitud misma, que lentamente hace estragos en nuestra corporalidad o continente. Y nada se gana el contenido (cerebro-inteligencia) con suplicar desesperado por un poco de salud. ¿Recuerdan a Juan Pablo II?. Todo el mundo fue testigo del desmoronamiento de su continente mientras parecía crecer su contenido, pero este último ni siquiera podía manifestarse porque su continente iba en picada: no podía hablar, sus extremidades no respondían, su corporalidad apenas se movía con esfuerzo, sufría. ¡Definitivamente nuestro excelso contenido no se merece tal continente!

He aquí, a mi modo de ver, la causa de la angustia, la causa del sufrimiento humano.

Carlos Elías Mejía y Mauricio Giraldo son dos de nuestros profesores que han sufrido recientemente acosos en su continente... y han luchado y continúan luchando, y probablemente no hemos comprendido su dolor, su sufrimiento, sus esperanzas, sus límites, nuestros límites, nuestro incierto trasegar. La vida, vivir, esperar, sufrir.

Lo único cierto es que nuestro contenido no está a gusto en su continente, tan expuesto, tan frágil. Y ese continente cae en el momento menos pensado. Sus genes traen a veces un código macabro, implacable, que al descifrarse, se traduce en enfermedades de todo orden. Estamos como en espera... Vivimos y actuamos, pero sabemos que en cualquier momento nuestro continente caerá víctima de alguna enfermedad crónica o súbita que destruirá lo más sagrado: el contenido.

Pero asimismo, los contenidos de otros hombres han logrado descubrir sustancias y métodos que alivian o hasta curan los continentes de los enfermos en un intento por liberar sus contenidos de la enfermedad que los agobia. Algún día el triunfo será definitivo.

Mario Melguizo Bermúdez
Editor